

*Julio de 1575*

Durante los primeros días de la epidemia, nadie en Venecia se atrevía a nombrar el mal que se abatía sobre la ciudad. Temiendo más el nombre de la enfermedad que sus propios efectos, los propios médicos se limitaban a hablar de las *fiebres*. Si algún desdichado moría en medio de extrañas convulsiones, se decía que era presa de las fiebres; aquella pobre mujer que, debilitada, no hacía más que delirar era también víctima de las fiebres; y esos niños cuyos cuerpos ayer estaban llenos de vida y hoy eran sacudidos por espasmos y palpitaciones también sufrían las malditas fiebres. Pero a medida que el mal, que primero se manifestó en Cannaregio, azotaba todos los *sestieri* de la ciudad, causando estragos tanto en Santa Croce y San Polo como en San Marco, el Gran Consejo ordenó la creación de un tribunal de salubridad que empezó a investigar acerca de la enfermedad. Una delegación compuesta por tres médicos y dos comisarios no tardó en ofrecer un veredicto que no admitía refutación. Las fiebres adquirieron de golpe un nombre que propagó rápidamente una oleada de terror entre la población: la peste.

Tan pronto se conoció la noticia, las autoridades de Venecia decidieron construir lazaretos a las puertas de la ciudad, adonde fueron trasladados sin dilación los primeros enfermos, junto con la familia más próxima, por temor al contagio. Cuando los lazaretos no bastaron para albergar a los ciudadanos contagiados, el Gran Consejo ordenó confinar a familias enteras dentro de sus casas.

En pocas semanas, la peste, que se transmitía por simple contacto, sembró el pánico en la ciudad. Los hombres terminaron deshaciéndose de sus capas, pues los faldones, al ser demasiado ligeros, podían rozar a personas o paredes infectadas por la enfermedad. Por las calles, plazas y canales, los transeúntes se apartaban unos de otros, y se hablaban a distancia. Las madres desconfiaban de sus hijos mientras los maridos no se atrevían a acercarse a sus mujeres y rehuían a sus propios padres. Cualquier ciudadano que quisiera sobrevivir debía por fuerza adquirir la mirada avezada y sospechosa del médico. Muy pronto, los soldados que el Gran Consejo había enviado a limpiar la ciudad de cadáveres resultaron insuficientes. Conforme disminuía su número,

los cuerpos se amontonaban en las plazas, a lo largo de los muelles, al pie de los palacios o incluso flotaban en el agua de los canales, pues cada vez faltaban más brazos para trasladarlos a las fosas comunes.

Poco a poco, la epidemia, primero restringida a las capas más modestas de la sociedad, subió sin hacer distinciones la jerarquía veneciana. No tardó en azotar dentro del palacio de los Dogos, llevándose a la mayor parte de los miembros del Gran Consejo y del Senado. Se suspendieron las reuniones hasta nueva orden, y los asuntos de Estado se pospusieron a un futuro hipotético.

Los miembros de la archicofradía de San Rocco no podían permanecer inactivos. San Roque, santo patrón de su Scuola, en tiempos pasados trajo auxilio a los apestados. Había llegado el momento de volver a hacer obras de caridad y de beneficencia. Reunidos para la ocasión en la Sala Grande Superiore, los miembros de la archicofradía adoptaron resoluciones urgentes. Se dijeron misas para granjearse los favores divinos, hubo cánticos y ceremonias para acompañar a los muertos en las fosas comunes. Luego, un cuadro inmenso evocó la dura prueba de la peste y la redención de la humanidad, que le fue encargado a Jacopo Robusti, para adornar uno de los techos del palacio. Pero, sobre todo, había que pensar en los que sufrían. Por ello se gastaron sumas enormes en la construcción de nuevos lazaretos, que se levantaron en las islas de la laguna. Sin embargo, muy pronto la propia Scuola di San Rocco sería propuesta por parte de sus miembros para dar acogida a los enfermos.

--¡Eso es pura locura! Ayudemos a los desheredados, ¡pero sin poner en peligro nuestras vidas! --se ofuscaron con una sola voz varios miembros de la archicofradía.

--¡San Roque no dudó en exponerse al mal para acudir en ayuda de su prójimo! ¡Por eso fue santificado y por eso tiene su asiento hoy a la derecha del Señor! --replicaron otros.

Pronto el tono subió, los hombres manifestaron con determinación sus posiciones contrarias. Se formaron clanes. Algunos consideraban llevar los preceptos de la caridad hasta el sacrificio mientras que otros, aterrorizados por la enfermedad, preferían alejar a los enfermos fuera de los muros de su palacio.

--No temáis, puedo ponerlos a todos de acuerdo, pues podemos ser caritativos sin exponernos al contagio.

La voz se impuso por encima de las demás. Se hizo un profundo silencio. Todas las miradas se volvieron hacia el que acababa de hablar. ¿Cómo podía nadie estar seguro de evitar el contagio? ¿Ese hombre había enloquecido? ¿Es que no sabía qué era

la peste? Dejaron que hablara. Todavía joven, aunque miembro de la archicofradía desde hacía ya varios años, llevaba en las manos un traje que mostró a sus cofrades extendiendo los brazos.

--He hecho confeccionar a toda prisa, en los últimos días, un traje creado según las instrucciones del médico francés Charles de Lorme para curar a los apestados sin exponerse al contagio.

El hombre mostró entonces una extraña máscara. Era de color blanco y estaba provista de un largo pico que inevitablemente recordaba el de un pájaro.

--No sonriáis --prosiguió--, este pico ganchudo está destinado a recibir cierta cantidad de hierbas y esencias medicinales que, al inhalarlas su portador, evitará respirar el aire infectado.

Luego fue señalando una a una las distintas piezas del traje.

--Aquí tenemos los guantes y la larga túnica de lino, toda ella bañada en una capa de cera; y para terminar, una varita con la que se puede levantar las ropas del apestado, para examinarlo sin exponerse al contagio.

No todos quedaron convencidos. La demostración era convincente, pero el temor al contagio seguía siendo grande. El debate concluyó y se decidió deliberar antes de someterlo a voto.

Al margen del grupo, cinco hombres se aislaron en la Sala dell'Albergo. Formando círculo, intercambiaban sus impresiones en voz baja.

--Si peligrosísima es la peste que amenaza hoy a Venecia y a nuestras propias vidas, mayor aún es otro peligro que nos amenaza: la investigación que está llevando a cabo la policía secreta del dogo --cuchicheó uno de ellos.

--Es cierto --añadió un segundo interlocutor sin levantar la voz--. Desde hace más de tres siglos hemos protegido nuestro secreto. Los padres y hermanos de algunos de nosotros murieron por defenderlo, y la peste no nos hará bajar la guardia. Hoy tenemos que protegernos de ese Jacopo Rista que, como continúe hostigándonos, no tardará en descubrir la carta. La peste es nuestra enemiga, pero va a ayudarnos a proteger el tesoro. En estos momentos los miembros de la archicofradía todavía vacilan en utilizar la Scuola para dar acogida a los enfermos: debemos convocarlos y utilizar nuestra influencia para conseguir que se vote este proyecto. Crearemos entonces una hospedería destinada a los apestados en la Sala dell'Albergo; así, ningún espía querrá acercarse a la sala mientras dure la epidemia, lo cual nos dejará tiempo para ocuparnos de la suerte de los enemigos de la orden.

Poco tiempo después, los miembros de la archicofradía decidieron, por mayoría de votos, abrir las puertas de la Scuola di San Rocco a los enfermos de la peste. Se instalarían camas en la Sala dell'Albergo y se les prodigaría cuidados.

MARÍA-JOSÉ FURIÓ